



MEDICAMENTA



S U P L E M E N T O I N F O R M A T I V O

Se publica todos los sábados • Editado por el Instituto Farmacológico Latino, S. A. • Sección de Información Científica y Propaganda • Redacción y Administración: Ríos Rosas, 57 Apartado 160. Central telefónica 253 93 00 • Madrid

TOMO XXXVII

MADRID, 10 DE MARZO DE 1962

NUM. 115

Depósito legal: M. 1.052.—1958

« TRIBUNA LITERARIA »

CANTAR LOS CUARENTA

FRANCISCO LOREDO

El paso de la juventud a la madurez es siempre un paso difícil. Un buen día nos encontramos que hemos dejado de ser auténticamente jóvenes, y aunque nos cuesta creerlo, el medio ambiente nos lo va confirmando poco a poco, aun a costa de nuestros deseos.

Del mundo mágico de la juventud entramos de lleno en el de las realidades. Todo va cambiando lentamente, llenándonos de una nostalgia totalmente nueva. El recuerdo es cosa distinta, mucho más químicamente puro, más aséptico, menos soñador. La nostalgia, por el contrario, es como un recuerdo enconado, infectado, latiendo constantemente dentro de nosotros, como una extraña enfermedad incurable.

Momento supremo del envejecimiento orgánico es este «cantar los cuarenta», cuando las primeras arrugas del rostro nos avisan de todo lo que nos espera. Un día, en un espejo, no nos encontramos, y echamos de menos al hombre que fuimos, que ya se quedó un poco lejos, abandonado en la cuneta de nuestro camino. Buenos días, hombre nuevo, desconocido amigo, que no te pareces nada al hombre de hace diez años, ahora que puedo observarte sin prisas, mientras me afeito en el mismo espejo de tantos y tantos momentos. Qué pena no poder salirse de este cuerpo que se nos va quedando viejo, cuando el alma es todavía joven y se refugia en un largo recuerdo o en una tortuosa melancolía. Callejón sin salida, búsqueda de una puerta que siempre está cerrada, como en la filosofía kafkiana.

Y cambiamos por dentro, para poder llevar el gastado traje a la medida de nuestros días.

La madurez es buena, mientras no se caiga uno del árbol. Pasamos de «estar bien» a «estar bien conservados». De «dar igual el tiempo», a que «el tiempo no pase por nosotros». Son ejercicios de caridad colectiva que nunca vienen mal y que no dejan de ser agradables.

La cara se descuelga y aparecen los surcos de los años. La fuerza de la gravedad todo lo puede y nos llama a gritos. Tal vez los Gagarin hayan encontrado en sus viajes por el espacio el elixir soñado de la eterna juventud.

La personalidad física se va acentuando con los años. De ser un jovencito imberbe, indiferenciado, o un madurete lleno de bolsas en los ojos llorosos, siempre se quedará la gente con la visión de este último. Y así, a don Antonio una vez que le estacioné visto en el café o en la estación de servicio de su automóvil, su imagen no se les olvidará en toda la vida. Lo mismo que ocurriría entre una vulgar mosca y un oso hormiguero.

Pero la madurez tiene también sus ventajas. Lo que se pierde en atractivo físico para las chicas jóvenes se gana en seguridad para andar por el mundo. El rostro ha cambiado de la expresión juvenil a la «cara de responsabilidad», y eso, aunque se sea un bárbaro mentalmente, suele dar cierta

prestancia, sobre todo cuando se trata de ocupar cargos de categoría, en los que es muy importante la llamada «representación». Y hay que reconocer que todo esto es cómodo.

Un íntimo amigo me decía que al llegar a los cuarenta años teníamos la edad de nuestros padres. Y no le faltaba razón.

Otro me contaba que antes le gustaban mucho las mujeres, pero que se lo quitó con penicilina. Y la penicilina eran los cincuenta y cinco recién cumplidos.

A los ingleses, que tantas cosas les molestan, les molesta envejecer. Nunca comprendimos, hasta hace poco, al inglés sesentón con su pelo color arrendajo, que achacábamos a un problema racial, cuando en realidad se debe a la llamada «pomada Morgan», cosmético popular en las Islas Británicas. Es una enemiga más de las canas, como nuestra popular «Carmela», que tiene nombre de bailarina de las cuevas del Sacromonte, y que convierte, de buenas a primeras, a un hombre canoso en el más arrebatador arcángel de los cielos.

Los japoneses, me contaba un famoso peluquero, luchan contra las canas, como contra las verrugas o cicatrices, por puro sentido estético. En Tokio a los hombres, en la peluquería, les tiñen el pelo sin consultárselo, como aquí pueden hacernos un lavado de cabeza o darnos una fricción con quina, por eso los japoneses con canas son bastante raros.

Pero de todas maneras, Dios nos libre de salirnos del tiesto de nuestro presente y caer en el pozo del molesto viejo verde o del gracioso pasado de moda. El hombre puede ser eternamente joven

PECILENE-G® 3 x 200

Envase con 3 frascos conteniendo cada uno 200.000 U. I. de Penicilina G sólida cristalizada y 3 ampollas disolventes.

INCLUIDO EN EL S. O. E.



cuando su mente esté en continua creación y no se hayan perdido las ilusiones que corresponden al momento que se vive. Asirse con desesperación a una juventud perdida es malo.

Y por eso, cantemos los cuarenta, que, a pesar de todo, es, ¡caramba!, una edad pero que muy buena.